



Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación

ISSN: 1390-1079

ISSN: 1390-924X

chasqui@ciespal.org

Centro Internacional de Estudios Superiores de
Comunicación para América Latina

Ecuador

ÁLVAREZ CURBELO, Silvia

Matrices culturales del neoliberalismo: una odisea barroca (Eliseo R. Colón Zayas)

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación, núm. 132, 2016, -Noviembre, pp. 401-406

Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina
Ecuador

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16057384024>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica Redalyc

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto

Matrices culturales del neoliberalismo: una odisea barroca

Eliseo R. COLÓN ZAYAS

Editorial: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones. Salamanca, España.

Año: 2013

Páginas: 158

ISBN: 978-84-15544-41-8

1. La odisea de llamarse Eliseo: sobre las matrices barrocas del neoliberalismo y el melodrama de los orígenes

*Salvaje. Sí. Será mi polifonía
Mi género no se lo cuento ni a mi tía
Nómada vengo a postdatar el futuro
Que en el presente se ve ya.
No soy de aquí, ni soy de allá
Bajtín y Barthes me hacen vibrar
Y a un simulacro me convoca Baudrillard.*

*Magali García Ramis,
“Himno transnacional de los postmodernistas”, 2000.*

Confieso, con efecto espectacular y profético, que conocí a Eliseo Colón en los tiempos hiperreales del Quinto Centenario. Fue una época en que Debord y Baudrillard desfilaron en pasarela por el gigantesco Jumbotron de la Sony, bailaron salsa en clave de *El Gran Combo* en la explanada del Pabellón de Puerto Rico en Sevilla y volaron con la saeta que prendió el fuego olímpico en Barcelona. El mundo le pertenecía a la tecnología mediática y al simulacro. Todavía.

En Puerto Rico, la última colonia en despedir al Imperio Español de América en 1898, los fastos tomaron un giro único en este lado del mundo. Tras la visita de Don Juan Carlos y Doña Sofía a la isla en 1987, nos declaramos más españoles que nunca desde la profesión de fe en la lengua castellana que nos valió el

premio Príncipe de Asturias, la Gran Regata que trajo los vientos nuevos de la globalización post-Guerra Fría con marinos ucranianos vendiendo medallitas de Lenin a ávidos consumidores puertorriqueños y la reconversión totémica de espacios urbanos en San Juan y Ponce.

Estando en Ponce por aquellas fechas, un chofer de carro público me secretó que el gobernador Rafael Hernández Colón le había mandado a construir el pabellón a una de las infantas con la que se pensaba casar. El alucine llegaba a su clímax melodramático con ese amor ultramarino. Cadenciados por los boleros de Luis Miguel, que Eliseo ha analizado puntualmente, y la bachata romántica de Juan Luis Guerra, gestionamos el 1998 desde 1992 en un delirio de Hispanofilia.

Pero más rápido que el suspiro del moro al mirar por última vez a Granada, y como recordatorio de que estábamos en tiempos de pulverizaciones (había colapsado el Muro de Berlín y la Cortina de Hierro) y de que estábamos en tiempos de imágenes que solo necesitaban diez segundos en retina como la de la lengua sacada a su oponente electoral), en enero de 1993 un nuevo gobernador, Pedro Rosselló, ocupó La Fortaleza y pasó por el *shredder* ideológico a la Ley del Idioma Único. A renglón seguido, procedió a convocar un plebiscito sobre el estatus político de Puerto Rico, donde la fórmula absolutamente postmoderna “lo mejor de los dos mundos” prevaleció frente a las cartesianas opciones de Anexión a Estados Unidos e Independencia. Por supuesto, nada comparable a la apoteosis neoliberal de la fórmula “Ninguna de las anteriores”, con la que contestamos en 1998 a ritmo de Marc Anthony una segunda convocatoria de Rosselló a decidir sobre nuestro destino final, en el momento en que se conmemoraban cien años de invasión de la isla por los norteamericanos.

En la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras de los noventa, tres proyectos de pensamiento y escritura, *Bordes*, *Nómada* y *Postdata*, trastornaron los encuadres departamentales en los que discurrían con placidez beatífica las disciplinas y se constituía la representación intelectual. Fueron esas revistas, entre otras cosas, las plataformas donde se naturalizó un nuevo *sensorium* a lo Walter Benjamin –uno de los dioses tutelares de Eliseo–, otras maneras de ver, oír, calibrar realidades y generar memoria cuyos referentes populares, legitimados sin problema alguno desde la década pasada, eran el videoclip, el videojuego y la ATH.

Recuerdo que Eliseo y yo montamos un acto de *vaudeville* en el que yo hacía de modernidad y él de postmodernidad con participación ocasional de Arturo Torrecilla. Cuando *Postdata* publicó en 1995 el libro *Polifonía salvaje* que recogía los ensayos de su plantel de colaboradores –entre ellos Eliseo Colón–, la crítica cultural Carmen Dolores Hernández tituló su reseña para *El Nuevo Día*, “¡Ahí vienen los postmodernos!”, versión contemporánea de “¡Los indios vienen!”, que representaba las ansiedades de la intelectualidad, digamos consagrada, ante los nuevos vocabularios y la *lesa patria* de muchas de las propuestas de los

‘posmos’. A otros les dio por llamarnos “los afrancesados” y nos invitaban a irnos a París VII, donde quizás no necesitábamos traducción.

Por aquellos años intentamos en vano renovar el currículo universitario con un programa transdisciplinario en Estudios Culturales cuyo prontuario se distribuía en áreas que tenían nombres *avant la lettre*, como Redes, Espacios y Tiempos, Identidades, etc., y que habría significado la hoguera para algunos de nosotros si todavía hubiese estado operando la Santa Inquisición.

Con una Marilyn Monroe en plenitud transfigurativa en la portada, Eliseo Colón lanzó en 1996 su libro *Publicidad, Modernidad, Hegemonía*, en el que la publicidad emerge como un instrumento tecnológico y discursivo de máxima rentabilidad persuasiva que inscribe a las masas en la cultura moderna del mercado. Con las campanadas del año 2000 –y mientras el mundo padecía del síndrome apocalíptico del Y2K–, Eliseo Colón hizo estallar su propia computadora Hal (Kubrick, 2001 *Odisea del Espacio*) con *Archivo Catalina. Memorias Online*, una novela escrita con los lenguajes de la cibernética y del melodrama, tanto histórico como del corazón.

Tres años después, con *Medios mixtos*, armaba un balance de veinte años de escritura sobre la comunicación y la cultura, que comenzaba con un ensayo sobre la otredad en la conquista de América y finalizaba con la nueva panacea y *alibi* neoliberal del *Total Quality Management*. A partir de entonces no se produjo el descanso del guerrero, aunque es uno de sus apellidos. Ha trabajado Eliseo un popurrí, solo en apariencia *randomizado*, que incluye el gusto latino, el astrólogo Walter Mercado, *La Ilustración Española*, entre otros, y recientemente se regodea –*no pun intended*– en la vedette Iris Chacón.

Por todos estos años como amante embozado entra y sale de la semiótica – acá entre nos, su *true love*. Para mí, la presentación de *Matrices culturales del neoliberalismo: odisea barroca* constituye, de muchas maneras, un cierre de círculo, una vuelta al origen. Es *Odisea*, tejido que se deshace para volver a emperzar. Abordo con suspense melodramático, dos modalidades que asume esta Ley de Cierre.

2. La vida es puro teatro

La vuelta a la madre es uno de los resortes narrativos y emotivos del melodrama. Las matrices de Eliseo en este libro se encuentran en el siglo XVII, aunque algunas de ellas son requintos de la tardía Edad Media católica, llena de vidas ejemplares y autos sacramentales –por aquello de que la fe sin teatro, al igual que sin sangre, no entra. Es un siglo –el XVII– que provoca lecturas distintas. Volviendo al año de 1992, Eliseo y yo leímos un libro que nos había recomendado Walter Quinteros, un querido amigo a quien todavía extrañamos. Escrito por Stephen Toulmin, profesor de Humanidades en la Universidad de Northwestern, *Cosmopolis* narra el triunfo del racionalismo binario y de las certezas metafísicas formuladas en lenguaje matemático a partir de un asesi-

nato: el de Enrique de Navarra, aquel que abjuró de su fe protestante y volvió al seno de la madre iglesia católica para ser rey de Francia, proclamando que París bien valía una misa. Para Toulmin, el asesinato del pragmático Enrique dejó *nati-muerta* una agenda de modernidad más diversa, plural, porosa y confirmó otra más ortodoxa, más encuadrada, de mentiras y verdades absolutas, de jerarquías definidas para el cuerpo y la mente. El 'yo' sería el resultado de un parto de la inteligencia: "Pienso, luego existo".

Propongo que el libro de Eliseo es la contracara del postmortem de Enrique, que recupera las teatralidades y otras tecnologías de representación que constituyen ese inventario de configuraciones que serpentean (no hay líneas rectas en el barroco) la modernidad y que reaparece cada vez que se hace imposible pretender que el mundo es geométrico. Este barroco paralelo, retorcido como *El éxtasis de Santa Teresa* del escultor Bernini, es una respuesta otra a las mismas incertidumbres que produjo la fragmentación del orbe cristiano y simultáneamente su expansión con el Descubrimiento de América, la escenografía de fondo del barroco en su génesis.

Si en el orden cartesiano las sensorialidades y sensualidades se pusieron en sordina y bajo sospecha, muy pronto nuevos sabores, corporalidades y tentaciones desbordaron los diques. Su conversión en lenguaje, en archivo, fue imprescindible. Surge el Barroco para asegurar supervivencias y controles: la del propio orden cartesiano y la del propio desafío a ese orden.

Lo que Eliseo logra es develar el otro Barroco, el que Toulmin no toca, obnubilado por el triunfo tan tajante del orden racional. El otro Barroco que no hará implosión como los grandes iconos y narrativas de la Modernidad, sino que sobrevivirá a las trampas de la razón y la fe, porque también les sirve; el Barroco que se camuflará de melodrama en el siglo XIX hasta convertirse en la gramática ya desnuda con la que describimos nuestros días y furores, sin abochornarnos.

Como buen camaleón, el Barroco sirve a tirios y troyanos. Es para todas las épocas, sobre todo para esta que, como aquella que dio lugar al sabor Barroco original, está llena de incertidumbres, de riesgos, de victimizaciones.

¿Dónde se esconde el Barroco? Como semiótico que se precia, en el libro de Colón el Barroco se vuelve tubería, enmarañado de bajo fondo, infraestructura. *Goes deep*. Emerge cuando pulsa que los encuadres, los límites, las jerarquías se resquebrajan y huele los miedos que se detonan. El Barroco es oportunidad. Colin Campbell, en su libro *La ética romántica* y el espíritu del *consumismo moderno*, testimonia una de las grandes reencarnaciones barrocas. Cuando la ética protestante que le dio forma cultural al capitalismo de primera generación rindió su vida útil generando grandes acumulaciones que no tenían por dónde canalizarse, un signo barroco –el hedonismo personal– mutó de pasión inconfesa puritana a signo material de prosperidad. Así nació el consumo moderno. Que necesita, por supuesto, que haya masas.

El barroco germina en lo masivo. Por eso también el melodrama –otra reencarnación del Barroco– es hijo de la Revolución Francesa, como el *kitsch*, hijo de

la segunda revolución industrial, y como el fascismo, hijo doliente de las trincheras de la Primera Guerra Mundial. El Barroco se energiza con el yo frágil, drenado por la entropía creciente del mundo, por los niveles crecientes de abstracción y por la soledad en medio de los grandes números, el maquinismo y la velocidad. No solo la lejanía de Dios –cuya ausencia Nietzsche se pregunta quién habrá de cubrir– o el pequeño pueblo cuya partida llora Fausto al oír las campanas de la iglesia, es la soledad en medio de la abstracción racional que no cesa de expandirse.

1968 es año cero. No en balde, *Matrices* comienza entonces... cuando los efectos de la válvula de escape, que fue la Segunda Guerra Mundial, están ya anestesiados y urge una nueva reencarnación. En París, Praga, México, Berkeley, San Juan de Puerto Rico, prenden las protestas. Como la Ofensiva del Tet a comienzos de ese año que puso a temblar a Estados Unidos en Vietnam, los fuegos se propagan. Ciertamente fue un espectáculo de extendida pirotecnia, de calles encendidas para mostrar desprecio zafio a la autoridad y a todo el que tuviera más de treinta años. Había nacido la sociedad del espectáculo, precozmente denominada por Debord.

Cuatro años después, Eliseo se avecindaba en el territorio reconvertido de Pittsburgh. Comenzaría entonces a generar una bibliografía que, en un inicio, partió de la teatralidad literaria tan decisiva en el Barroco y que aplicó a la dramaturgia de Luis Rafael Sánchez, y más tarde a la comedia y lo cómico en Puerto Rico; para luego transitar, de mano de inventarios profundos del lenguaje, a la geografía plural del neoliberalismo. *Matrices* es un libro genealógico y arqueológico a la misma vez.

3. It's alive!

No es lo mismo hablar del neoliberalismo que verlo venir, dice el neo-refrán que acuño para esta representación. No me refiero a la exitosa 'operación rescate' del capital frente al ataque de las burbujas, aun cuando las medicinas hayan resultado amargas para la inmensa mayoría del mundo. Remito a la clasificación triple A (en la escala Moody's) del neoliberalismo en producir los mecanismos y tecnologías de subjetivación y sujeción de identidades de mitigación, de recomposición de lugar y recuperación de edades de oro inexistentes sin que la gente se dé cuenta de la mano siniestra.

Si *Matrices* apunta a un neoliberalismo que simultáneamente puede generar su propio simulacro como enemigo y las terapias y especialistas que lo aniquilarán (en versión *Avatar*), los últimos tiempos en la Universidad de Puerto Rico son su *exhibit* de pasarela. Ese es el segundo círculo y ya oigo las trompetas. Como ha descrito con claridad *Matrices*, las épocas de riesgo e incertidumbres, de la aparición de nuevos mundos para los que no se tienen aún las traducciones necesarias, requieren de mecanismos rápidos y de probada eficacia, aunque se vistan de ropajes novedosos.

La efectividad de las metáforas para persuadir en la comunicación política, por ejemplo, descansa siempre en que remiten a dominios de origen sedimentados en nuestro ADN de símbolos. La enfermedad es uno de esos dominios y el Puerto Rico enfermo incurable (el que no lo hace a la entrada, la hace a la salida) reaparece cada vez que perdemos capacidad para leer los mapas y nos agarra la calambrina. ¿Cómo apaciguar los miedos, con qué agua de azahar atajamos el ataque de nervios cuando el GPS ya no localiza?

No los agobio con el listado de remedios, en el capítulo 3 del libro de Eliseo aparecen los perennes *best-sellers* a lo Paulo Coelho, a los que podemos añadir –para estar *up-dated*– las descargas por el asunto de Miss Universe o quién es el macho que pasa a la próxima etapa de Mira quién baila. Su nivel de peligrosidad y/o banalidad es asunto para discutirse. Lo que quisiera atender en estas líneas finales es la gran terapia grupal del neopopulismo cuyo contagio advertimos tanto en los planteamientos del *Tea Party* en Estados Unidos como en la descalificación de la inteligencia y el buen juicio en la Universidad de Puerto Rico. No crean que están muy alejados de los protocolos sentimentalistas, espectacularizantes y de identidades remendadas ya ensayados en los *reality shows*, la prensa del corazón y Facebook.

A propósito de sucesos recientes acaecidos en torno a la Escuela de Comunicación planteé públicamente mi temor de que el anti-intelectualismo (el que trabaja queda penalizado y de lo inteligente se sospecha) y el redentorismo pasarán de ser discursos periféricos a ser discursos centrales en estos tiempos de difícil codificación. Del redentorismo les diré que se refocila en simular que la universidad es el sitio donde se resuelve el destino de la patria, gobiernan los de abajo y se triunfa sobre el capitalismo y la globalización. Sus armas: el infundio, el escarnio y el chisme. El lugar por excelencia desde donde se vomita fuego es en las redes sociales, en su versión más farisea, como reencarnación de la vecindad bochinchera que modeló el personaje televisivo de ‘La Comay’. En ese cuadrante de la semioesfera no se exigen corroboraciones ni evidencias, es suficiente con invocar las causas sagradas y decir las palabras precisas de cólera que alimentan los narcisismos salvadores. Los contenidos barrocos y melodramáticos en su versión WalMart (de más pequeño común denominador) tienen allí mercado para suplir disfraces identitarios que permiten transitar las aguas procelosas de los tiempos de riesgo. En esa odisea de llamarse Eliseo, el círculo que comenzó con el milenio se cerró para beneplácito de sus amigos. Como el Barroco se canta y se llora –y es un *transformer* natural–, a él recurrimos, pero en su versión Baccarat, para deseárselo a nuestro querido Eliseo gozosas aventuras estéticas, abundancia de tecnologías para desmontar y volver a montar, feracidad lingüística, apetitos de la carne y del espíritu satisfechos y que nos convide a los amigos a celebrarlo.

Silvia ÁLVAREZ CURBELO

Universidad de Puerto Rico / salvarezcurbelo@gmail.com